

**GESTIONES DEL EPISCOPADO ARGENTINO
ANTE LA SANTA SEDE EN FAVOR DEL SANTUARIO
DE LUJÁN (1886).**

EL P. JORGE MARÍA SALVAIRE COMISIONADO OFICIAL

RESUMEN

En un aporte de índole histórica, el autor relata y documenta las gestiones realizadas por el lazarista José María Salvaire ante León XIII en 1886 para obtener del Papa la coronación de la imagen de la Virgen de Luján, así como diversos privilegios litúrgicos.

Palabras clave: Coronación, Virgen María, Luján, Salvaire

ABSTRACT

Within the domain of history, the author comments the documents related to the crowning of the image of St. Mary of Luján. It was the result of the visit of Father José María Salvaire to Pope Leo XIII on 1886.

Key words: Crowning, Virgin Mary, Luján, Salvaire

“... Obtuve de su Santidad todo cuanto tenía encargo de pedirle y mucho más aún. Aceptó como muestras de una extrema complacencia la ofrenda de mi libro, insistiéndome le dijera si había sido yo quien lo había escrito, y felicitándome cálidamente, al punto que supe ese día por un Prelado de Roma que iba a recibir de inmediato una carta de aprobación del Santo Padre” (Jorge María Salvaire).

Sabemos que era intención firme de monseñor Aneiros alcanzar cuanto antes la coronación pontificia de la Santa Imagen de Luján,¹ tal como el mismo lo expresa en carta a Salvaire, publicada al comienzo de la *Historia de Ntra. Sra. de Luján*: “Es asimismo un vivo deseo, que desde tiempo acaricio en mi corazón, solicitar del Soberano Pontífice, el Señor León XIII, tan amante de la Virgen María, alguno de esos privilegios u honores que acostumbra la Santa Iglesia discernir a imágenes distinguidas de la cristiandad [ante todo, la coronación]. La muy oportuna publicación de vuestro libro, en el que consagráis unas páginas tiernas a la visita que allí hizo el inmortal Pío IX, no podrá menos, así lo espero, de inclinar favorablemente hacia el objeto de mi solicitud el piadoso ánimo de Su Santidad”.²

Llegó entonces para el Arzobispo el momento de elegir al eclesiástico comisionado para efectuar los trámites respectivos. Encargo que significaba trasladarse a Roma e implementar los medios conducentes a alcanzar la necesaria audiencia con el Papa, previa petición de la gracia implorada. Pero además del comisionado, debía pensarse en la confección de la corona para la cual se pedía la bendición pontificia; y que posteriormente se colocaría sobre la cabeza de la sagrada Imagen.

1. Cf. J. G. DURÁN, “La historia de la Virgen de Luján (1855). Un libro prometido en *apremiante lance*”, en *Teología* 87 (2005) 281-330.

2. J. M. SALVAIRE, *Historia de Ntra. Sra. de Luján. Su Origen, su Santuario, su Villa, sus Milagros y su Culto*, I, XVII-XVIII (en adelante: HNSL). La coronación de imágenes de la Santísima Virgen tiene su origen, a comienzos del siglo XVII, en la ciudad de Parma (Italia); y fue promovido por el franciscano Fray Jerónimo de Forli en el marco de las impugnaciones que la devoción mariana recibía de parte de algunos predicadores reformados (acusación de idolatría). A raíz de su encendida predicación sobre las grandezas y prerrogativas de la Virgen, la ciudad juró a la Virgen como perpetua Soberana, tributándole el título de Reina de Parma. El rito consistió en colocar una magnífica corona de oro sobre la cabeza de la Imagen, ceremonia que estuvo a cargo del obispo, ante la presencia del clero, la nobleza y el pueblo fiel. De allí en más la costumbre se extendió por diversas comarcas de Italia, contándose entre sus principales promotores a Alejandro Sforza, conde de Borgonovo, quien para perpetuar el rito determinó por testamento, de 3 de julio de 1636, legar una parte considerable de su fortuna al Capítulo de San Pedro del Vaticano, con el encargo de expedir coronas de oro a favor de las imágenes más veneradas y prodigiosas de la Virgen, para que fuesen colocadas solemnemente sobre su cabeza. A tal efecto, el mismo Capítulo compuso y ordenó un cuidadoso ceremonial, todavía en uso en tiempos de Salvaire.

Al respecto, las preguntas fueron varias: ¿Cómo conseguir el material precioso para confeccionarla? ¿Encomendar su realización a algún joyero de Buenos Aires? ¿O por el contrario, dada la trascendencia del hecho, solicitarle el trabajo a algún orfebre prestigioso de Europa? ¿Cuál sería el diseño más apropiado, dadas las características de la Imagen?, etc.

Por otra parte, también estamos enterados que el encargo recayó sobre Salvaire –a juicio del Arzobispo el más indicado para afrontar el desafío–, fundamentalmente por las características de su atrayente personalidad. Un eclesiástico de profunda devoción mariana, comprometido hondamente con Luján, emprendedor, eficiente, culto y capaz de captarse simpatías de inmediato, que se desempeñaría con total eficiencia en los ambientes donde le tocara actuar. Traslado que le permitiría a éste cumplir con el deseo de un viaje a Europa, postergado en su momento y ahora hecho realidad, que lo llevaría a visitar, entre otros lugares, tres grandes capitales europeas: París, Roma y Madrid.

El momento culminante del viaje lo constituyó la audiencia personal que mantuvo con el papa León XIII, en septiembre de 1886. Circunstancia donde, tras entregarle al Pontífice un ejemplar de la *Historia de Ntra. Sra. de Luján*, obtuvo de él no sólo la bendición de la corona, hecha confeccionar en París, sino también una serie de privilegios pontificios de orden litúrgico destinados a engrandecer el Santuario de Luján. Diligencias que lo movieron al Papa a confiarle al emocionado lazarista el privilegio de coronar con sus propias manos a la Sagrada Imagen. Comedido que allí mismo consideró ser competencia propia del Arzobispo de Buenos Aires, cosa que el Pontífice consideró oportuno. Tal como luego ocurrió, en el transcurso de la gran fiesta organizada en Luján, para el 8 de mayo de 1887.

De todos estos hechos y de sus entretelones nos ocuparemos en esta ocasión. Por lo cual tendremos que volver a releer muchas de las cartas e informes ya mencionados en el artículo anterior; y agregar nueva documentación, capaz de introducir la información necesaria para reconstruir otro de los hitos fundamentales en la secular historia del Santuario de Luján: la coronación de la bendita Imagen cobijada por sus monumentales paredes. El segundo sueño dorado de Salvaire, tras la publicación de la *Historia*. El tercero será la edificación de un nuevo Santuario Nacional.

1. Al fin rumbo a Europa

Sin duda alguna la publicación de la *Historia de la Virgen de Luján*, junto a la excelente acogida que ésta tuvo entre el público culto y los devotos en general, fue el motivo fundamental para que el Arzobispo Aneiros resolviera acelerar las gestiones ante Roma para alcanzar la pronta coronación de la Imagen de Luján y tras ello, lanzar una gran campaña destinada a promover la edificación de un nuevo Santuario.

En el desarrollo de ambos proyectos Salvaire desempeñó, como ya lo sabemos, un rol capital. Convirtiéndose en los hechos no sólo en fiel intérprete de los deseos del Arzobispo, sino en diligente ejecutor de los mismos. Al punto, de poder decir que todo fue posible gracias a la férrea voluntad del abnegado lazarista y a su acendrado amor a la Virgen de Luján. Todo comenzó con su viaje a Europa, a propuesta de Monseñor Aneiros, quien lo eligió y comisionó para que en su nombre y bajo su responsabilidad llegara a los pies del papa León XIII.

Pero no era esta la primera vez que se le presentaba a Salvaire la posibilidad de volver a Europa, después su arribo al país a fines de octubre de 1871. En diciembre de 1883, gracias a la invitación de su primo Médard Philémon Salvaire (1815-1899), también lazarista, residente en Madrid, estuvo a punto de emprender nuevamente la travesía oceánica.³ La finalidad de aquel viaje respondía a necesidades bien concretas. Por una parte, la posibilidad de contar con un reparador descanso, que incluyera la visita de sus familiares en Francia y el encuentro con su primo en España; y por otra, alejarlo por un tiempo de Luján a causa de las desinteligencias que por entonces mantenía con el párroco, el P. Emilio George, y con el Visitador, el P. Jorge Révellièrre.⁴

Asimismo, la permanencia por algunos meses en Madrid constituía un destino realmente atrayente para quien necesitaba tanto del descanso como del respirar un nuevo clima comunitario. Ofreciéndole además la capital española la posibilidad nada despreciable de satisfacer sus profun-

3. Persona ya madura y de gran prestigio en la Congregación, sobre todo a nivel del gobierno central, pues se desempeñó por algunos años como secretario y luego como procurador general. Por entonces se encontraba al frente de la Iglesia de "San Luis" de Madrid, de fundación francesa, centro espiritual de gran importancia, sito en la calle Tres Cruces 8. Lugar donde fue invitado a alojarse el primo residente en la Argentina.

4. De este doloroso episodio en la vida de Salvaire, sobrellevado con admirable entereza por más de 16 años, nos ocuparemos en extenso en un próximo libro. *De los Toldos a Luján. El Padre Jorge María Salvaire Capellán y Párroco del Santuario (1876-1899)*.

das inquietudes culturales y artísticas. Por lo tanto, la iniciativa del primo pareció óptima a los ojos de los Superiores, tanto de Buenos Aires como de París. Sólo quedaba establecer la fecha de la partida, la cual se creyó conveniente concretar a comienzos o a mediados de 1884.⁵

Sin embargo, aquel primer viaje se frustró a último momento, quedando para más adelante. Por eso Salvaire fue propuesto por el Visitador, el P. Jorge Révellièrre, como integrante del equipo de lazaristas que se haría cargo de la dirección del seminario de San Juan de Cuyo.⁶ Destino que tampoco llegó a concretarse por motivos comprensibles que el mismo Salvaire esgrimió ante sus superiores, entre ellos, uno fundamental: verse obligado a abandonar la redacción y publicación de la *Historia de la Virgen*.

Dicha circunstancia hizo posible que éste permaneciera en Luján hasta el preciso momento en que el Arzobispo Aneiros, a fines de noviembre de 1885, gestionó ante el Superior General el referido viaje a Roma. Viniéndose así a cumplir el frustrado proyecto de viajar a Europa, dos años antes, si bien ahora por otra vía y con otra finalidad.

2. Los preparativos

Volvamos entonces a la introducción de este artículo y comencemos a dar contestación a las preguntas planteadas. En cuanto a la confección de la corona, se resolvió finalmente confiarle la tarea a un prestigioso orfebre de París. Motivo por el cual, Salvaire se embarcaría rumbo al puerto de Burdeos con el propósito de llegar cuanto antes a la capital francesa y así disponer del tiempo suficiente para gestionar el trabajo de fina jo-

5. Esto demuestra a las claras que, no obstante estar Salvaire trabajando afanosamente en la conclusión de los originales de la *Historia de la Virgen*, la medida se creyó oportuna, pues la situación en Luján se tornaba insostenible.

6 El seminario en cuestión fue fundado por el obispo de Cuyo, fray José Wenceslao Achával, el 31 de julio de 1874, en la ciudad de San Juan, residencia episcopal, previa dotación del gobierno nacional. Por lo tanto su creación fue contemporánea con los de Salta y Paraná. Con la institución de las diversas cátedras y el nombramiento del personal, se otorgó al establecimiento el título de "Seminario Conciliar de la Inmaculada Concepción". Los cursos se abrieron al siguiente día, 1º de agosto. Fue su primer rector provisorio el secretario del obispado, padre Rainerio J. Lugones. Para mayo de 1876 contaba con 36 alumnos, con 11 internos y buenos profesores, aspirándose a conferir grados académicos a los más capacitados. Con el tiempo la ausencia de personal idóneo motivó que el Obispo ofreciera a la Congregación de la Misión asumir la dirección. Véase: M. A. VERDAGUER, *Historia Eclesiástica de Cuyo* (Milán, 1932), II, 710-718.

yería que llevaba entre manos. Condición *sine qua non* para luego pensar en trasladarse a Roma en orden a gestionar la audiencia pontificia.

En lo referente a los materiales preciosos necesarios para la confección, se recurrió a la donación de joyas finas –realizadas en base a oro, plata, piedras preciosas, perlas, etc.–, de parte de personas piadosas dispuestas a desprenderse de ellas a favor de la Virgen. En este sentido, diversas señoras de la alta sociedad porteña y de la Villa de Luján contribuyeron generosamente al pedido, al igual que numerosos devotos anónimos, gente sencilla, quienes movidos por idénticos sentimientos se dispusieron a entregar objetos preciosos, muchos ellos recibidos en herencia de sus mayores y por ende de gran valor afectivo. A todo ello se sumaron algunos *ex votos*, en la medida que fue necesario. Está de más decir que detrás de estas donaciones, gestionadas por indicación expresa del Arzobispo, se encontró siempre la presencia entusiasta y emprendedora de Salvaire, hasta convertirse en el alma misma de esta campaña de ofrendas a favor de la futura corona de la Virgen.⁷

Una vez reunidos los materiales indispensables, se estuvo entonces en condiciones de fijar en firme la fecha para realizar el esperado viaje. Salvaire partió de Buenos Aires a fines de abril de 1886 con destino al puerto francés de Burdeos, en el vapor “Senegal”.⁸ Llevaba con él, además de sus efectos personales y la documentación que acreditaba su misión, el preciado tesoro con destino a algunos de los prestigiosos talleres de París donde se realizaría el fino trabajo de orfebrería que demandaba la confección de la corona. Y lo hizo de la manera más disimulada posible, en una pequeña valijita, que para despistar a posibles ladrones llevó en sus manos uno de sus alumnos de Luján, de apellido Achua, hasta abordar el vapor de la carrera, donde se despidieron. Así lo cuenta el mismo protagonista en el siguiente párrafo, escrito cincuenta y siete años después:

“... Que haciendo honor a la confianza que siempre me dispensó el P. Salvaire, contaré algo que muchos de mis contemporáneos ignoran. Cuando el P. Salvaire se

7. CRUZ CASAS, íntimo colaborador de Salvaire, escribe: “Aquel humilde sacerdote lanzó la idea al público y tuvo tal eco su propaganda que en tres meses llenó una pequeña valija de brillantes de grandísimo valor y piedras preciosas. La concepción y el hecho fueron rápidos; inmediatamente partió para Europa con la petición del inolvidable Arzobispo de Buenos Aires...” (*La Perla del Plata*, 1896, n. 312, 21; en adelante: LPP).

8. “Noticias marítimas. A Salir para ultramar: Senegal, vapor francés con destino a Burdeos. Carga general. Tonelaje 2030”: *La Prensa*, n. 4974, 12-05-1886, 5.

embarcó para Europa llevando las alhajas y brillantes con que hizo fabricar la hermosa y artística corona de la Virgen y la notable custodia por los principales artistas de París, fui yo quien lo acompañó hasta el vapor de la carrera, llevando en mis manos la valijita con el importante tesoro donado en parte por las Damas principales de Buenos Aires y otra parte del tesoro que guarda la Parroquia. En aquel entonces no existía aún la plaga de asaltantes que nos habrían arrojado al agua del pequeño bote para adueñarse del valioso tesoro. Al decir esto, muchos ignorarán tal vez, que en aquel entonces no existía aún el actual Puerto y que para tomar el vapor de la carrera, había que embarcarse primero en un pequeño bote y luego en un vaporcito antes de llegar al vapor de ultramar, pues éste solamente podía acercarse a unas dos leguas de la ciudad por falta de profundidad en el actual canal”.⁹

3. Súplica de los Obispos Rioplatenses

Además del material para confeccionar la corona, Salvaire portaba en su maletín importante documentación oficial y personal, indispensable para desarrollar las múltiples actividades previstas durante el viaje. El principal documento lo constituía la súplica o pedido que el episcopado rioplatense dirigía al papa León XIII solicitando diversos privilegios a favor del Santuario de Luján.¹⁰ Solicitud a la cual se unían los obispos de Uruguay y Paraguay, Inocencio María Yeregui y Juan Ponte, respectivamente.

En esta carta, fechada el 29 de abril de 1886, los preladados exponen en detalle las razones fundantes del pedido; y enumeran, a la vez, las gracias solicitadas.¹¹ En cuanto a las primeras, se reducían fundamentalmente a dos: la particular devoción de la Iglesia hacia la persona misma de la Madre de Salvador, a quien representa en variadas imágenes, le tributa especial culto y le dedica templos o santuarios a su gloriosa memoria; y el clima de creciente hostilidad al que estaba sometida la Iglesia en la Argenti-

9. C. R. ACHUA, *Recuerdos sobre el P. Jorge M. Salvaire*, en LP, 8 de mayo de 1943, 135. Muestra patente del aprecio y amistad que Salvaire experimentó por su antiguo discípulo, lo expresa el hecho de haberlo designado a Achua representante de la Parroquia de Luján y de *La Perla del Plata* en las solemnes fiestas celebradas en Roma con motivo de las bodas de plata del pontificado de León XIII.

10. Firman la carta: “† León Federico, Arzobispo de Buenos Aires; † Fr. José Wenceslao, Obispo de San Juan de Cuyo; † Fr. Juan C., Obispo de Córdoba; † José María, Obispo de Paraná; Pablo Padilla, Vicario Capitular de Salta”.

11. Texto completo en *Coronación de Ntra. Sra. de Luján. Documentos. Ceremonial. Misa y Oficios Propios de esta Solemnidad*, Buenos Aires, 1887 (en adelante: CNSL), 19-23; y L. V. VARELA, *Breve Historia de la Virgen de Luján. Su Santuario y su Culto*, Buenos Aires, 1897, 151, nota 1.

na –promovido por el liberalismo laicista operante desde las más altas esferas de la política–, cosa que de suyo reclama implementar los medios espirituales más efectivos en orden a sobrellevar las duras pruebas y ataques por los cuales atravesaba.¹²

En tal sentido, tanto el cultivo como la exteriorización pública de la devoción mariana –patrimonio entrañable del pueblo argentino–, cuanto el incremento de la peregrinaciones al Santuario de Luján, podían considerarse como medios privilegiados para contribuir a superar tan grave y profunda crisis espiritual. Cuyo único fin parecía reducirse a sembrar la incredulidad en las conciencias, apartando a las masas populares de las acendradas convicciones religiosas y morales heredadas de sus antepasados.

En cuanto al otro aspecto de la solicitud, el episcopado deseaba alcanzar del Papa dos gracias principales: por una parte la coronación de la Imagen de Luján; y, por otra, un privilegio de carácter litúrgico, consistente en restablecer, en toda la jurisdicción del Arzobispado de Buenos Aires –el Cuarto Domingo después de Pascua–, la antigua fiesta del *Patrocinio de la Beatísima Virgen María*, junto con el oficio propio que la acompaña, costumbre lamentablemente abandonada. Como veremos en su momento, Salvaire consiguió ésta y otras prerrogativas, consideradas todas ellas como delicada y particular deferencia de León XIII hacia el secular Santuario de Luján.

Del extenso texto de la carta transcribimos la parte final, donde se consigna expresamente la misión confiada al P. Salvaire y los privilegios solicitados para el Santuario, amén de la coronación de la Imagen:

“... Deseando afianzarse en estos mismos sentimientos de piedad, y levantarse a la altura de la emulación que demuestran los demás pueblos católicos en el culto de la Virgen María, la República Argentina, celosa de no perder un ápice del antiguo fervor de sus mayores, a medida que se sentía agobiada por más apremiantes an-

gustias, trataba de instituir más frecuentes peregrinaciones, mayormente al venerable Santuario de la Bienaventurada Virgen de Luján, en cuyo materno regazo, la familia argentina encontró siempre un seguro asilo en todas las circunstancias adversas de su existencia, habiendo siempre hallado su mano invariablemente amiga y propicia.

De esta Sagrada Imagen que se venera en Luján, el R.P. don Jorge María Salvaire, sacerdote de la Congregación de la Misión, acaba de escribir la preciosa historia, que hemos determinado con sumo agrado depositar a los pies de Vuestra Santidad, por conducto del mismo autor. En este libro encontrará Vuestra Santidad muchas relaciones que llevarán una grande alegría a su piadoso corazón. Entre ellas, es dable leer y se prueba claramente que el inmortal antecesor de Vuestra Santidad, Pío IX, al ir a Chile como secretario de la legación pontificia, visitó dicho Santuario, y allí postrado ante la Imagen de la Inmaculada Virgen de Luján, *derramó sus oraciones junto con sus lágrimas*.

Todo esto, Beatísimo Padre, nos inspira con calor y nos insta para implorar humildemente de vuestra suma benignidad, se digne coronar con sus propias manos nuestra venerada Imagen de la Virgen de Luján, en testimonio de perpetuo amor, como prenda y monumento perenne de nuestra obsequiosísima piedad, siempre que Vuestra Santidad tuviera a bien comunicar a nuestro ánimo un nuevo vigor, a fin de proseguir con invicta decisión la grande labor ya iniciada de la defensa de nuestra Santa Religión.

Habiéndose además encontrado, en el archivo de la Santa Iglesia Metropolitana, un preciosísimo documento relativo a la fiesta del *Patrocinio de la Beatísima Virgen de Luján*, objeto que fue de un culto tan intenso entre nuestros antepasados, y aprovechando esta oportuna ocasión, nos hemos determinado a presentar a Vuestra Santidad esta nueva súplica, a saber: que se digne Vuestra Santidad concedernos la mencionada festividad con el oficio propio que la acompaña, para toda la extensión de la Arquidiócesis de Buenos Aires, asignando para su celebración la Dominica Cuarta después de la Resurrección, bajo el rito *doble mayor*.¹³

4. En París

Lamentablemente no disponemos de documentación específica que nos permita reconstruir en sus pormenores del paso de Salvaire por París y su viaje a Roma. Sin embargo, contamos con alguna información de importancia. En cuanto a la estadía en la primera de las ciudades mencionadas, el objetivo era doble: visitar la Casa Madre de la Congregación de la Misión, sita en la calle Rue de Sèvres 95, en orden a saludar al Padre Ge-

12. A esta altura de los acontecimientos se habían producido en el país algunos cambios ideológicos y legislativos importantes, destinados a instrumentar la creciente secularización de la sociedad argentina, en base a la aplicación de los postulados del liberalismo laicista y de la acción de la masonería. Entre ellos: el Congreso Pedagógico Internacional de Buenos Aires (1882); los debates por la enseñanza neutra (1883-1884); la suspensión y deposición de preladados por obra del gobierno civil; la expulsión del delegado apostólico, monseñor Luis Matera (1884); la ley de educación laica (1884), etc. A lo cual se sumará luego: la ley de matrimonio civil (1888); y el proyecto no sancionado de divorcio (1902). En este sentido se destacaron, en calidad de paladines de la nueva ideología, tres grandes personajes políticos de época: el presidente Julio Argentino Roca; el ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, Eduardo Wilde; y el ex presidente Domingo Faustino Sarmiento. Esta obra del gobierno fue considerada por la Iglesia como intento expreso de demoler los principios cristianos que animaban a la nación misma.

13. CNSL, 22-23.

neral, el P. Antonio Fiat, y a su equipo de colaboradores inmediatos (asistentes);¹⁴ y recabar la necesaria información sobre el orfebre parisino a quien confiar la confección de la corona destinada a ser llevada a Roma.

Al arribar a París debió producirle profunda tristeza el hecho de no poder encontrarse con el P. Fiat, ausente de la ciudad por aquellos días. Cosa que tampoco pudo concretar a su regreso de Roma, no obstante proponérselo antes de embarcarse en Burdeos con destino a Buenos Aires. Tengamos presente que Salvaire deseaba vivamente alcanzar esta entrevista para abrir su corazón ante la máxima autoridad de la Congregación con el propósito de informar de manera directa sobre la situación conflictiva que afrontaba en Luján (desavenencias permanentes con el párroco)¹⁵ y transmitir sus impresiones en lo referente a la marcha de la provincia vicentina del Río de la Plata.

No obstante ello, el paso por la Casa Madre no resultó del todo infructuoso, pues Salvaire tuvo la oportunidad de conversar con los colaboradores directos del Superior General. Entre ellos, el P. Julio Chevalier, primer asistente, con quien trabó una fluida y franca relación que le permitió expresarse sin reservas. Encontró en él un interlocutor abierto a escuchar y ofrecer convenientes consejos, que mucho debieron tranquilizar y reconfortar su ánimo. Asimismo, sospechamos que no desaprovechó la oportunidad para mantener cordiales y oportunas conversaciones con otra persona de suma importancia dentro del gobierno central, el P. Julio Chinchon, Superior de la Casa Madre, a quien años atrás le dirigiera desde Azul una larga carta comentándole sus primeras actividades misioneras con los indios.¹⁶

En cuanto al fabricante sobre quien recayó el delicado trabajo, la información de época se limita por lo general a reproducir esta noticia: “Apenas visitó la Casa Madre de París, Salvaire buscó y encontró en la gran capital el artífice, el platero moderno de la estirpe de Benvenuto Ce-

14. Entre el personal de la Casa Madre figuraban por entonces: Fiat, Antoine, Supérieur Général; Chevalier, Jules, 1er. Assistant; Delteil, Guillaume, 2º Assistant; Stella, Sauveur, 3º Assistant; Forestier, León, 4º Assistant; Terrasson, Vincent, Secrétaire de la Congrégation; Bettembourg, Nicolas, Procureur de la Congrégation (en Roma); y Chinchon, Jules, Assistant de la Maison (*Catalogue des Maisons et du Personnel de la Congrégation de la Mission, 1886*).

15. Ver nota 4.

16. *Lettre de M. Georges Salvaire à M. Chinchon, à Paris. Azul, frontière des Indiens, 26 Mars 1874*, en ACM, Tomo 39 (1974), 468-475. Esta carta es contestación a una escrita por el P. Chinchon, el 4 de febrero, pidiéndole a Salvaire lo mantuviera al corriente sobre la misión que los lazaristas comenzaban en el Azul.

llini, que diera forma a su ideal, combinando y enlazando aquellas ofrendas de la piedad argentina”.¹⁷ Sin embargo, es posible conocer su nombre, y aún el trámite que se siguió antes de asignarse el encargo definitivo, gracias a una referencia explícita al asunto proveniente del propio Salvaire:

“Cuando traté de emprender la fábrica de esta corona –señala–, ví primero a los dos joyeros más competentes en obras religiosas que existían en París, a saber: el Señor Poussielque–Rusand y el Señor Brunet, y les propuse un concurso para el diseño de la corona, a fin de poder elegir el proyecto que me pareciera más adecuado al objeto que me proponía. Aceptada esta propuesta, los dos artistas pusieron mano a la obra; y al cabo de pocos días, recibí cinco diferentes diseños cada cual mejor conceptuado. Después de haberlos examinado detenidamente y de haber tomado el parecer de personas autorizadas en la materia, me determiné por el diseño principal presentado por la Casa Poussielque–Rusand, al que sin embargo hube de introducir ciertas modificaciones inspiradas mayormente por el deseo de hacer campear algún simbolismo en la obra. Enseguida hice reconocer por un perito muy recomendable y clasificar una por una todas las piedras de las alhajas que se me habían confiado, a fin de no dar cabida en la fábrica de la corona sino las piedras verdaderamente preciosas”.¹⁸

Asimismo, la mención del nombre del joyero en cuestión, con el agregado del costo del encargo, figura en una crónica publicada en *La Perla del Plata* con motivo del robo de la corona, en la madrugada del 15 de septiembre de 1897, hecho que conmovió a Luján y al país entero. En uno de sus párrafos se lee:

“Las alhajas robadas son las siguientes. La principal y de mayor mérito intrínseco es la Corona bendecida por el actual Pontífice y con la que fue coronada en 1887 la Santa Imagen. Esta Corona de valor por sus prendas riquísimas y por representar el desprendimiento agradecido de los argentinos era impagable su valor. Tan artística joya había sido evaluada por el fabricante Señor Poussielgue Ruisand de París en 40.000 francos; no habiendo tenido el P. Salvaire que abonar más que la cantidad de mil francos, importe de la mano de obra, correspondiendo los otros treinta y nueve mil francos de valor aproximativo del oro y de las piedras que había lle-

17. S. ESTRADA, *La Coronación. Recuerdo del 8 de Mayo de 1887*. Suelto de “El Diario”, 12 de Mayo de 1887, 2. Las historias posteriores hablan simplemente de: “taller del joyero” (Chambón); “afamado artífice de París” (Antonio Scarella, Echevarría de Lobato Mulle); “fabricada en París” (Presas), etc.

18. CNSL, 29. La misma noticia refiere CRUZ CASAS, su estrecho colaborador: al llegar a París, “la primera obra fue llamar a concurso para idear la más bellísima forma de corona. Eligió el mejor modelo según su docto parecer y aún de personas muy competentes, y se mandó fabricar” (LPP, 1886, n. 312, 21).

vado el mismo P. Salvaire de Buenos Aires a París. El número de piedras en la Corona era de 365, entre brillantes, rubíes, zafiros, topacios, turquesas, esmeraldas, amatistas, ópalos, etc.; también se contaban 165 perlas de mucho mérito por su tamaño. La pequeña Corona veíase completamente cuajada de las mejores y avaloradas piedras...”.¹⁹

5. La espléndida corona

Los trabajos que demandó la confección de la corona se extendieron a lo largo de setenta días, colaborando en la misma un nutrido grupo de cualificados artesanos, entre los cuales se contaron: cinceladores, lapidarios, esmaltadores y engastadores.²⁰ No bien ésta salió del taller del orfebre Poussielgue–Ruisand, Salvaire se encargó de escribir de inmediato a monseñor Aneiros comunicándole la grata noticia y destacando el profundo significado que encerraban cada uno de los objetos donados para concretar su ejecución:

“... Enteramente refulgente con las numerosas y bellísimas alhajas que para su fabricación ofrecieron tan espontáneamente los devotos de Nuestra Señora de Luján, si bien esta corona es verdaderamente magnífica en su conjunto, más hermosa aún me parece cuando se la considera en sus muchos detalles, recordando con emoción cuánto importa cada una de esas alhajas. Aquí, en efecto, cada prenda que adorna esa regia diadema tiene su historia, cada brillante y diamante que se ve chispear cuenta en caracteres ígneos algún sacrificio acaso heroico, y cada piedra que matiza sus elegantes volutas es símbolo de los sentimientos más puros, más generosos o más intensos de algún corazón argentino. Y todas estas piedras preciosas, todos estos brillantes, todas estas valiosas alhajas, transformadas ahora en espléndida corona, me hablan con tan viva elocuencia de la tiernísima devoción de esas damas argentinas que tan generosamente se desprendieron de sus joyas de mayor estima para obsequiar con ellas a Nuestra Señora de Luján, que no puedo ya resistir al deseo de tentar siquiera enviar a V. E. Reverendísima una descripción (aunque muy inferior en verdad, a tan precioso objeto), de esta bella corona, de la cual la piedad de los donantes ha hecho una joya de imponderable valor y el talento del artífice una obra maestra del arte”.²¹

19. *El robo sacrilego efectuado en este Santuario. Los detalles*, en LP, n. 401, 19 de septiembre de 1897, 605. Crónica firmada con seudónimo: “Fidelis”.

20. CNSL, 29.

21. *Descripción de la Corona de Nuestra Señora de Luján*, en CNSL, 28.

La forma de la corona es imperial; y el estilo, gótico florido, muy difundido en las obras de arte del siglo XIV. El tamaño es pequeño en razón de las escasas dimensiones de la imagen de la Virgen. Motivo por el cual no se pudieron engastar en ella las piedras preciosas de mayor tamaño, sino las más pequeñas, pero al fin las más valiosas. Es toda de oro finísimo, registrado de 18 quilates. El peso total es de 500 gramos. Sus medidas son: diámetro, unos 13 centímetros, en su parte más prominente; y altura 14 centímetros, hasta la cúspide de la cruz. Compone su base una diadema, toda cuajada de finísimas filigranas que serpentean y se enroscan sobre chapas de oro. Seis volutas o arcos de esbelta curvatura se reúnen en el centro común, sobre el cual descansa un globo de lápizlázuli ceñido por dos arcos de brillantes, dominados por la cruz matizada de ambos lados con brillantes y piedras, la cual remata notablemente toda la obra.

Además, componen la corona doce piezas esmaltadas. Seis de ellas colocadas en la parte más saliente de las volutas, representando otras tantas cabezas de querubines. Los otros seis esmaltes representan diferentes escudos, distribuidos en la vanda de la diadema. Son los de la República Argentina, Pío IX, León XIII, el Arzobispo Aneiros, España y República del Uruguay. En una faja que atraviesa interiormente la corona se lee, por una parte: *Oh Maria, ora pro populo* (“¡Oh María! Ruega por tu pueblo”); y, en la otra opuesta: *Benedicida por S. S. León XIII, en 30 de septiembre de 1886*. Finalmente circunda la corona, a manera de aureola, un círculo de doce estrellas, en el centro de cada cual resplandece un hermoso brillante, así como en cada intersticio de las estrellas.²²

La indudable belleza que evidenciaba en su conjunto esta verdadera joya, llevó al Papa, en el preciso momento de tenerla entre sus manos para bendecirla, a admirarla detenidamente y a exclamar: “¡Qué bella, qué hermosa es esta corona!”.²³

6. En Castres y Madrid

Al constatar que Salvaire debió esperar setenta días para admirar por primera vez la tan deseada pieza, se nos impone la pregunta de saber qué hizo en ese lapso de tiempo tan prolongado. ¿Se quedó en París a la espe-

22. CNSL, 29-32; *Manual del Devoto de Ntra. Sra. de Luján* (Luján, 1893), 153-154; A. SCARELLA, *Historia de Nuestra Señora de Luján* (Buenos Aires, 1932), 314-31.

23. *Relación de la Audiencia concedida por su Santidad León XIII...*, en CNSL, 43.

ra que concluyera su confección? ¿Abandonó la ciudad para cumplir con otras obligaciones y trámites que le preocupaban? Al respecto, sabemos que efectivamente optó por esta segunda alternativa, invirtiendo los dos meses de espera en concretar tres aspiraciones que traía entre manos: saludar a sus familiares en Castres, encontrarse con su primo en Madrid y visitar algunas iglesias monumentales, en Francia y España, dentro del estilo gótico, que lo llevaran a inspirarse al momento de pensar las líneas arquitectónicas del futuro Santuario de Luján, cuya construcción alentaba el Arzobispo Aneiros.

Recordemos que el primitivo núcleo familiar lo constituían sus padres, Félix Salvaire y María Vázquez, y cinco hermanos: Eduardo, Pablo, Celina, Filomena y Julio.²⁴ Todos ellos radicados al sureste de Francia, en la población de Castres, antigua diócesis de Albi, en el departamento de Tarn.²⁵ La visita tenía como propósito el reencuentro con los hermanos y sus respectivas familias, tras quince años de ausencia, pues los padres habían ya fallecido: la madre antes de que él partiera con destino a Buenos Aires; y el padre en 1877, abrigando la esperanza de volver a ver a su hijo misionero en tierras americanas.²⁶

De su pueblo natal Salvaire debió pasar a territorio español con destino a Madrid, lugar de residencia del primo lazarista, Médard Philémon Salvaire, a la sazón superior de la “Iglesia de San Luis de los Franceses”, sita en el antiguo barrio de Chámbery. De esta manera cumplía con el propósito de encontrarse al fin con él, tal como éste se lo expresara en carta, año y medio antes, al momento de invitarlo a incorporarse por unos meses a esa comunidad madrileña de “paules”, apelativo con el cual se los conocía en España a los hijos de San Vicente. Atestigua este rápido paso por Madrid la fotografía que se hizo tomar en la prestigiosa casa de

24. J. G. DURÁN, *El Padre Jorge María Salvaire y la Familia Lazos de Villa Nueva. En los orígenes de la Basílica de Luján* (Buenos Aires, 1999), 60-61.

25. “Noticias sobre la ciudad y alrededores de Castres” en F. C. ECHEVARRÍA DE LOBATO MUELLE, *El Padre Salvaire y la Basílica de Luján* (Luján, 1959), 56-58. En apéndice se incluyen fotografías del lugar.

26. De acuerdo a una vieja tradición Salvaire llevó como obsequio a su padre el poncho pampa que recibiera de regalo durante su visita a los toldos de Manuel Namuncurá allá por octubre de 1875. Incluso se asegura que envuelto en esta preciosa prenda expiró don Félix en Castres. Nos hemos ocupado de examinar esta tradición en *El Padre Salvaire y la Familia Lazos...* (o.c.), 444-450. Al respecto adelantamos que la misma resulta inverosímil desde el punto de vista cronológico, pues el padre de Salvaire falleció el 21 de diciembre de 1877, nueve años antes del reencuentro familiar que comentamos.

Fernando Debas, por entonces “Primer fotógrafo de SS. MM. y de SS. AA. la Princesa de Asturias e Infantes”, según reza la leyenda que figura al dorso de la misma.²⁷

En cambio resulta imposible documentar el tercer objetivo que perseguía con la salida de París: el visitar algunas iglesias góticas monumentales en orden a pensar el diseño del futuro templo en Luján. En este sentido, por algunas alusiones posteriores, sabemos que se trasladó –gracias a los fondos recibidos de un pequeño legado familiar– a las ciudades de Reims, Amiens, Chartres, Lyon, Burgos y Toledo, cuyas monumentales catedrales debieron servirle de fuente inspiradora, sobre todo la primera de ellas.²⁸ Asimismo, como fruto de tales visitas deben contarse las numerosas publicaciones de arte gótico –libros, enciclopedias, revistas y catálogos– que incorporó a su biblioteca personal, posiblemente compradas o encargadas durante este viaje.

7. El resto de las joyas

Antes de dejar París, rumbo a Castres y Madrid, y tras haber seleccionado con la ayuda de personas entendidas las joyas y piedras destinadas a la confección de la corona, Salvaire debió pensar y decidir sobre el destino que se le daría al resto de los objetos preciosos donados en su momento por las damas de Luján y Buenos Aires. De tal asunto también tuvo que ocuparse al regresar a París, después del viaje a España, pues alguno de los trabajos relacionados con la utilización del sobrante ya se encontraban bien encaminados; y, al mismo tiempo, restaba dar una última opinión al conjunto de los encargos encomendados a los artesanos parisinos. Al respecto, desde un comienzo, resolvió dividir el precioso sobrante en tres partes, asignándole a cada una determinada finalidad.

27. Esta es la única fotografía de Salvaire que se conserva en la actualidad con anterioridad a su nombramiento como párroco de Luján. Contaba por entonces con 39 años. La publicamos por primera vez en *El Padre Jorge María Salvaire y la Familia Lazos...*, 181.

28. CRUZ CASAS, estrecho colaborador de Salvaire, señala que éste “mientras se fabricaba la corona, recorrió las principales Basílicas europeas (con una pequeña herencia que recibiera de sus caros padres) para excogitar el mejor modelo que se pudiese llevar a cabo en la generosa y hospitalaria tierra argentina, que por su gran cariño la había adoptado como su segunda patria; trajo el modelo de las principales Basílicas, con todas las minuciosidades posibles” (LPP, 1896, n. 312, 21).

La primera parte fue destinada a adornar una “bella media-luna” para ser colocada a los pies de la Sagrada Imagen de Luján, en conformidad con lo que se lee en el Apocalipsis: *et luna sub pedibus ejus* (12,1); y con la tradición de la Iglesia que suele poner este símbolo a los pies de la Inmaculada Concepción. Este trabajo se encontraba en la etapa del diseño, sujeto a posibles correcciones y agregados, según se creyera oportuno y conveniente.

En el centro de la medialuna se haría grabar y esmaltar ricamente los escudos, allegados el uno al otro, de las dos Repúblicas hermanas del Plata: Argentina y Uruguay. Cumpliendo con la colocación de este último una promesa que en días muy dolorosos le hiciera a la Virgen de Luján el distinguido y fervoroso uruguayo Juan Zorrilla de San Martín.²⁹ Además, a ambos lados de los escudos, donde figurarían las piedras de mayor tamaño, serían colocadas las piedras correspondientes a los anillos pastorales de algunos obispos, entre ellos: el rico ópalo guarnecido de brillantes que durante mucho tiempo usó Monseñor Aneiros; el magnífico topacio tostado del Brasil que perteneció al primer obispo de Montevideo, monseñor Jacinto Vera, entregado por su sucesor, monseñor Inocencio María Yereguí; y la espléndida amatista rodeada de varios topacios claros, que según el donante, perteneció a un ilustre obispo argentino.

La segunda porción de piedras preciosas, incluyendo la mayor parte de las perlas ofrecidas, sería destinada a engalanar los ricos bordados que cubrirían los nuevos vestidos de la Imagen, particularmente el manto, confeccionados en finísimos géneros. Los cuales se habían comenzado a realizar en los universalmente afamados talleres de bordados de Nancy, en Lorena (Francia).

Y, finalmente, el tercer lote de piedras preciosas fue reservado para adornar el hermoso templete, en estilo gótico, cuya construcción se encontraba bastante adelantada en la reconocida *Casa de Poussielgue-Rusand*, responsable de la fabricación de la espléndida corona según ya señalamos. Este templete cumpliría una doble función: proporcionar a la Santa Imagen un digno trono y relicario donde permaneciera de ordinario en medio del antiguo Camarín, ofreciendo desde ese sitio su maternal mira-

29. Se sabe que este ilustre católico uruguayo visitó el Santuario con su familia el año anterior, 1885; y dejó estampada en el “Libro de la Virgen”, tomo 1, una poesía publicada por la LPP, 1º de noviembre de 1890, n. 43, 708-709. Es posible que en dicha ocasión le haya confiado a Salvaire alguna preocupación personal, motivo fundamental de su visita.

da a todos los fieles y peregrinos que acudieran a venerarla; y, a su vez, ofrecerle adecuada protección contra todo posible peligro de daño, fuese por el paso del tiempo o por la acción de personas mal intencionadas.³⁰

Afortunadamente los tres encargos fueron entregados a tiempo por sus fabricantes, de modo que la Virgen de Luján los pudo lucir el día de la fiesta de la coronación, el 8 de mayo de 1887. Del Santuario salió la Imagen con su nuevo y esplendoroso vestido; y con la brillante media-luna de plata a sus pies. Ambos adornos cuajados de piedras y perlas que acentuaban el carácter de Reina y Señora en el corazón de sus devotos. Mientras que la corona le fue colocada en el lugar donde se realizó la ceremonia, a unas seis cuadras del templo, habiendo ya sido colocada en su dorado templete. No sabemos si estos objetos fueron traídos por el propio Salvaire en su viaje de regreso a Buenos Aires, en noviembre de 1886, como en el caso de la corona, o si le fueron remitidos posteriormente por envío marítimo en razón de no haberse concluido para esa fecha. De todos modos, con su primorosa confección y entrega a tiempo, el satisfecho lazarista veía cumplido otro notable capítulo de sus sueños marianos.

Conviene agregar que Salvaire, antes de dejar París, debió solucionar asimismo el seguro traslado de la corona a Italia, para ponerla al abrigo de toda posibilidad de extravío o robo, teniendo en cuenta su alto valor artístico y monetario. Amén del significado afectivo que la misma encerraba para quienes habían colaborado en la fabricación, donando generosamente aquellos materiales preciosos cuya fundición o engarce permitió al experto joyero plasmarla con tanta hermosura como perfección. En este sentido, la responsabilidad de Salvaire no era menor; y el tema por cierto le preocupaba. Pero al fin consiguió solucionar el problema de la manera más adecuada posible, en virtud, como en tantas otras ocasiones, de las excelentes relaciones que sabía crearse a su alrededor no bien se presentaba y daba a conocer sus inquietudes. Pero dejemos que él mismo nos explique cómo vino a asegurarse el mencionado traslado, sin exponerse a correr riesgo alguno:

“A fin de facilitarme el seguro transporte de la corona, tanto de aquí a Roma como de Roma a Buenos Aires, el Excelentísimo Señor Embajador de Francia cerca de la Corte de Madrid, Mr. de Laboulaye y su simpático Secretario el Sr. Conde

30. CNSL, 34-35. El nicho mencionado es el mismo en que fue portada la auténtica Imagen de Luján para la “Gran Misión” de Buenos Aires de 1960. Su reproducción en L. V. VARELA, *Historia De la Virgen de Luján...*, 94; y A. SCARELLA, *Historia de Nuestra Señora de Luján* (o.c.), 278, 288, 312.

Arturo de Pont, se han dignado con su alta influencia conseguirme la franquicia de las valijas diplomáticas, tanto de Roma como de Buenos Aires, de manera que quedo desde luego sumamente tranquilo respecto a la seguridad con que esta joya de tanto valor llegará sucesivamente a sus diferentes destinos”.³¹

8. En Roma

De regreso a París, a principios de agosto de 1886, para recoger la corona de la Virgen, Salvaire dejó nuevamente la ciudad, hacia fines del mismo mes, esta vez con destino a Roma, motivo fundamental de su viaje a Europa. No bien arribó a la ciudad Eterna, tuvo que avocarse a gestionar la audiencia papal, trámite que de suyo llevaba varios días, incluso semanas.³² En este sentido, debió valerse de los consejos e influencias de sus hermanos en religión residentes en Roma,³³ particularmente el Procurador General de la Congregación de la Misión ante la Santa Sede, el padre Felipe Valentín, cuyo oficio consistía en formalizar todos los asuntos relacionados con el Vaticano. No olvidemos que Salvaire lleva un triple cometido: poner en manos del Papa un ejemplar de *Historia de la Virgen*, preciosamente encuadernado; presentarle para su bendición la corona confeccionada en París; y alcanzar de la Congregación de Ritos varios privilegios litúrgicos para el Santuario de Luján, incluidas las indulgencias de estilo.

No bien pisó Roma, el fundado temor de encontrarse con algunos inconvenientes de último momento para alcanzar la audiencia papal se vi-

31. CNSL, 35.

32. CRUZ CASAS, agrega: “Regresó a París; su obra estaba concluida, bella, hermosa, resplandeciente. Lleno de gozo y alegría partió para Roma, creyendo de fácil realización su magna empresa; allí supo que era muy difícil conseguir la coronación de María; pues allí había varios que estaban esperando hacia largos años para obtener lo mismo. Sin embargo, como llevaba la *Historia de María* prolijamente documentada, creyó que esto podría abreviarle algo el camino y sacarlo con facilidad de aquel grandísimo apuro. Efectivamente le sirvió muchísimo: presentó la historia a S. S. León XIII y a la Congregación de los Ritos y merced a este poderoso auxilio pudo salir airoso de aquel camino erizado de dificultades. Por fin llegó [a Buenos Aires] con la áurea corona, esmaltada de brillantes, bendecida por S. S. León XIII y decretada su solemne coronación y misa con oficio propio” (LPP, 1896, n. 312, 22).

33. Conformaban el personal de la Casa de Roma: Monseñor Pierre Paul Trucchi, Obispo de Forlì; Charles Bernardi, Visitador; Frédéric Marchesi, Superior; Philippe Valentín, Procurador ante la Santa Sede; Jean Mauro; Louis Vaccari; Vicent Salvucci; Félix Zualdi; Sabas Bevilacqua; Gaéтан Bici y Charles Casoni (*Catalogue... 1885, 1886*).

nieron a confirmar para su profunda inquietud. En principio el panorama se presentaba poco favorable a la iniciativa.³⁴ La mayoría de los diarios que llegaban a manos de Salvaire no cesaban de hablar de “una extrema fatiga” del Papa. Además, en círculos íntimos del Vaticano se comentaba que éste “se hallaba muy delicado de salud, que hacía mucho tiempo que no podía conciliar el sueño durante la noche”; y que los médicos le habían recomendado “evitar particularmente la fatiga de las audiencias”. Incluso, para aumentar aún más las preocupaciones en tal sentido, se sabía que varios eclesiásticos de diversas partes del mundo, que por entonces habían acudido a Roma con idéntico propósito, se habían visto obligados a regresar a sus países sin haber podido concretar el propósito de su viaje.

A esta contrariedad, al parecer insuperable, se unía otra igualmente importante. El cardenal Ludovico Jacobini, Secretario de Estado –a quien Salvaire “iba muy poderosamente recomendado”–, se hallaba en esos precisos momentos ausente de Roma; y también, según era público, se encontraba enfermo de gravedad. Razón por la cual no se tenía noticia alguna sobre su regreso.

¿A quién acudir en tales condiciones para alcanzar la tan deseada audiencia con León XIII? En este sentido, Salvaire recibió una ayuda inestimable de parte de monseñor Luis Matera, tan solo un año antes Delegado Apostólico en Buenos Aires,³⁵ quien no obstante sus acentuados achaques se dispuso a tenderle una mano para ver si el deseo se cumplía en medio de tantos sinsabores:

“Entre tanto –recuerda Salvaire–, fui a ver al Excelentísimo Señor D. Luis Matera [...], el cual se sirvió acogerme con una bondad extrema. Pero, por desgracia, encontré a Su Excelencia igualmente enferma. Hacía ya un mes que por sus achaques se veía obligado a no poder salir de su aposento. Esto no obstante, este dignísimo Prelado, movido por su devoción a Nuestra Señora de Luján y del tierno afecto que ha conservado a la República Argentina, y más particularmente a Vuestra Se-

34. *Relación de la audiencia concedida por su Santidad León XIII al Comisionado del Excelentísimo Señor Arzobispo el Presbítero Don Jorge M. Salvaire. Roma, 2 de octubre de 1886*, en CNSL, 37-47.

35. Arzobispo Titular de Irenopoli, desempeñó el cargo desde el 19 de septiembre de 1879 hasta el 14 de octubre de 1884, fecha en que se vio obligado a dejar la sede diplomática, a pedido del presidente Julio A. Roca, en razón de mantener divergencias con las autoridades políticas del momento, sobre todo en materia de educación. Cf. C. BRUNO, *Historia de la Iglesia en la Argentina*, XII, 114-134. Salvaire tuvo oportunidad de conocerlo desde esa época y estrechar con él cordiales relaciones.

ñoría Ilustrísima [monseñor Aneiros], tomó desde luego a pecho todos los objetos de mi comisión; y dirigióme en esta coyuntura con tanto acierto que, después de Dios y de María Santísima, puedo asegurar que es el Excelentísimo Señor Matera a quien debo el más completo éxito de mi cometido”.³⁶

Fue así que Salvaire obtuvo del Prelado una importante carta dirigida al sustituto de Estado, cardenal Mario Moceni, interinamente a cargo de aquella Secretaría por enfermedad del cardenal Jacobini, donde se le encarecía prestar particular atención a los motivos del largo viaje emprendido desde Buenos Aires con el fin de alcanzar una entrevista con el Sumo Pontífice.³⁷ Durante la entrevista, que transcurrió en términos de “la más simpática acogida”, Salvaire tuvo oportunidad de explicarle personalmente al Cardenal las diversas razones que lo habían traído a Roma, al mismo tiempo de poner en sus manos el documento del episcopado argentino, dirigido en tal sentido al Papa, que acreditaba fehacientemente su comisión. Además, le mostró la magnífica corona de oro destinada a la Virgen; y le obsequió una ejemplar de su *Historia*. La audiencia concluyó para tranquilidad del angustiado Salvaire en los términos más cordiales posibles, pues el Cardenal le expresó su particular apoyo al dirigirle estas afectuosas palabras:

“Puede Ud., Señor mío, contar conmigo; yo mismo tomo a mi cargo este asunto que bajo todo aspecto me parece muy interesante; va Ud. a dejarme el documento del Episcopado Argentino que yo mismo remitiré a Su Santidad; pero, entre tanto, me posesionaré bien de su contenido, y mañana sin falta enteraré al Santo Padre de cuanto ello importa; y puede Ud. estar seguro que he de conseguir a Ud. una audiencia particular y que ha de alcanzar cuanto pida a Su Santidad”.³⁸

9. Ante el Papa León XIII

Por fin la anhelada audiencia particular con León XIII tuvo lugar el jueves 30 de septiembre de 1886, a mediodía.³⁹ De la misma Salvaire de-

36. *Relación de la Audiencia concedida por su Santidad León XIII al Comisionado del Excelentísimo Señor Arzobispo, el Presbítero Don Jorge María Salvaire. Roma, 2 de octubre de 1886*, en “Coronación. Documentos. Ceremonial...”, 41.

37. Salvaire acompañó esta carta con otra dirigida por monseñor Aneiros al cardenal Moceni a fin de facilitar una entrevista.

38. *Relación de la Audiencia...*, en CNSL, 39.

39. Al respecto, Salvaire comenta: “Efectivamente, a los dos días después, recibía de un empleado del Palacio Vaticano, el billete oficial anunciándome haberme sido concedida la deseada audiencia papal, para el día jueves 30 de Septiembre, a las doce del día” (*Idem*).

jó expresa constancia en dos cartas, dirigidas respectivamente, al Arzobispo de Buenos Aires (la que venimos comentando); y al Superior General, el P. Antonio Fiat, comentándoles los pormenores del trascendente encuentro. La primera, escrita en Roma, a dos días de transcurrida la audiencia; y la segunda, en Burdeos, al momento de embarcarse de regreso a Buenos Aires.⁴⁰ Optamos por transcribir los párrafos más importantes de la primera carta por tratarse de un relato más circunstanciado; y, por tanto, de mayor interés informativo, sobre todo por incluir el extensa diálogo mantenido con León XIII. En sustancia Salvaire relata el conmovedor episodio en estos términos:

* «El día señalado, dirijime con un compañero mío al Palacio del Vaticano. Fuimos inmediatamente introducidos en el departamento del Palacio donde están situados los aposentos del Sumo Pontífice, en la ante-cámara de la Sala de las audiencias. Allí encontré ya a un corto número de personas que habían igualmente conseguido el insigne favor de una audiencia particular. En la expresión del semblante de todas esas personas, leíase que para ellas, como para mí mismo, aquellos eran unos de los momentos más solemnes de la vida. El silencio, interrumpido solo por los pasos de los camareros y de los prelados domésticos que, de un aposento transitaban para otro, y por el ruido de las alabardas y espadas de la guardia suiza y de la guardia palatina, era imponente; y la emoción que a todos los presentes dominaba era a cada momento más palpitante en cada uno de nosotros».

* «A las 12, Su Santidad entró en la Sala de las Audiencias acompañada solo de dos oficiales de su guardia personal y de un escaso número de camareros y prelados domésticos, e inmediatamente dio principio a las audiencias. Con suma rapidez, despachó su Santidad a las primeras personas que se allegaron a su sagrada Persona. A medida que se acercaba mi turno, sentía la emoción más íntima aumentar en mi corazón. La vista de las personas que salían de la presencia del Santo Padre, muchas de ellas bañados los ojos en lágrimas, no contribuían poco a avivar en mí esta impresión ineludible».

* «Llegó por fin mi turno. Entré a la Sala, teniendo en mis manos la corona de oro y llevando mi compañero el ejemplar de la *Historia de Nuestra Señora de Luján* destinado al Sumo Pontífice. Hacia el fondo de la Sala, en un trono dorado, y bajo un dosel de terciopelo, en cuyo centro brillaban las armas pontificias, estaba sencillamente sentado el Padre común de los fieles, atendiendo con expresión de sumo afecto a los oradores que me precedían inmediatamente. Consideré un momento atentamente. De estatura alta, delgado, pálido; las facciones finas, pero vivamente determinadas, los ojos chispeantes de una llama al parecer sobrenatural, deslizándose sobre sus labios descoloridos una sonrisa delicada, donde traslucían-

40. *Georges M. Salvaire à Supérieur Général, Burdeaux, 20 novembre 1886*. Archivo General de la Congregación de la Misión (Roma), Casa de Luján.

se, al propio tiempo, los sentimientos de inefable dulzura que anima su magnánimo corazón de padre y de esa apremiante tristeza que agobia su alma tan delicada, con motivo de la inicua y bárbara guerra que no cesan las sectas de hacerle al Papado y a la Santa Iglesia de Jesucristo. Tal me pareció León XIII”.

* «[...] Había llegado el gran momento para mí. Hice con el mayor respeto y convicción las tres genuflexiones determinadas por el ceremonial de las recepciones papales, y luego besé con suma veneración el pié del Vicario de Jesucristo. Entre tanto, sentí al Maestro de Cámara de Su Santidad, monseñor Della Volpe, que decía al Sumo Pontífice: “Santísimo Padre, este es el Señor D. Jorge Salvaire, misionero lazarista, que viene de Buenos Aires, comisionado por los Obispos de la República Argentina...”. – “Ah... sí... sí... dijo entonces el Santo Padre, con voz afectuosa; de Buenos Aires... de Buenos Aires... ya estoy bien enterado de este asunto... Los Obispos de esa República me piden la coronación de una sagrada imagen de la Virgen que allí se venera...”. – “Santísimo Padre, dije entonces en francés (porque su Santidad León XIII entiende y habla perfectamente el francés); vengo hasta los sagrados pies de Vuestra Santidad, a nombre del Excelentísimo Señor Arzobispo de Buenos Aires, de los Obispos Sufragáneos y del Ilustrísimo Señor Obispo de Montevideo, a implorar de su benevolencia algunas importantes gracias a favor del antiguo Santuario de Nuestra Señora de Luján de quien, con el auxilio del Cielo, me ha sido dado escribir la historia con que tengo, en este momento, el sumo honor de obsequiar a Vuestra Beatitud”. Ofrecí entonces al Santo Padre el ejemplar ricamente encuadernado de la *Historia de Nuestra Señora de Luján* que le tenía reservado; y su Santidad, tomando entre sus manos un volumen de la obra, considerólo hojeándole un momento».

* «[Tras la entrega del libro y el comentario sobre el mismo, el Papa agregó:] – “¿Y qué favores quiere Ud. que yo conceda a ese célebre Santuario de Luján?” – “Santísimo Padre, el Ilustrísimo Señor Arzobispo de Buenos Aires y los demás Obispos de la República Argentina y también el Ilustrísimo Señor Obispo de Montevideo, suplican en primer lugar a Su Santidad, se digne bendecir personalmente esta corona de oro destinada a la antigua y milagrosa Imagen de Nuestra Señora de Luján”. El Sumo Pontífice tomó entonces entre sus manos la corona que le alcancé y estrechándola suavemente entre sus dedos, dijo estas propias palabras: – “¡Oh!, ¡Sí, sí... esta corona de oro para la Santísima Virgen...!, aquí la tengo, esta corona..., la toco con mis manos..., y es mi intención formal, es mi voluntad, que sea bendecida...”; y levantando sus ojos al cielo, después de un momento de silencio, exclamó: – “y yo la bendigo, en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”. – “¡Amén!””, contesté desde lo más íntimo de mi corazón».

* «León XIII examinó entonces detenidamente la corona... – “¡Qué bella, dijo, que hermosa es esta corona...! ¡Ah! ¡He aquí el escudo de armas de mi antecesor Pío IX!...” – “Sí, Santísimo Padre, y allí está también el escudo de armas de V. Santidad”. – “¡Ah!, muy bien. Y ¿dónde ha sido fabricada esta preciosa joya?” – “Acabo de hacerla fabricar en París, Santísimo Padre”. – “En París, perfectamente... Y todos esos diamantes que son tantos, y esas piedras preciosas ¿cómo la has Ud. conseguido?”. – “Todas estas piedras preciosas y estos diamantes, Santísimo Padre,

han sido expresamente ofrecidos para esta corona por las damas de Buenos Aires y de Luján; pues allí es grande la devoción que profesan los argentinos a Nuestra Señora de Luján”. – “¡Muy bien, muy bien! ¡Ah! qué generosidad y qué digno desprendimiento en esas buenas damas argentinas”. – “Ahora bien, añadió su Santidad, entregándome la corona: esta corona ya está bendecida; y yo le encargo a Ud. que en mi nombre y en mi lugar la ponga sobre la cabeza de la Santa Imagen de Luján”. – “¡Ah! Santísimo Padre, dije yo, agradezco infinitamente tanto honor, pero ello es demasiado para mí; y permítame V. Santidad suplicarla se digne delegar al Excelentísimo Señor Arzobispo de Buenos Aires, para que por autoridad de V. Santidad, corone solemnemente la sagrada Imagen de Nuestra Señora de Luján”. – “Tiene Ud. razón, hijo mío... El Señor Arzobispo de Buenos Aires... (y dirigiéndose a sus camareros, agregó), pero para ello, sería necesario un *Breve*, y en este tiempo está cerrada la *Secretaría de los Breves*. – “Santísimo Padre, díjole entonces Monseñor Della Volpe, hay todavía un día, solamente mañana se cierra la Secretaría de los Breves. – “Entonces, replicó el Santo Padre, presto, presto... que se expida un *Breve* al Sr. Arzobispo de Buenos Aires en que se exprese que yo mismo he bendecido esta corona y que le delego para coronar solemnemente a esa Venerable Imagen, en mi nombre y por mi autoridad”. – “Mil gracias, Santísimo Padre”, dije yo entonces, lleno de indecible emoción, y sintiendo las lágrimas agolparse a mis ojos, al considerar que tenía ya conseguido lo más importante de mi comisión, y al ver realizados mis más constantes anhelos».⁴¹

10. Más favores pontificios

Pero no todo terminó allí, pues el afectuoso diálogo con el Papa se extendió por unos momentos más, sobre todo en razón de expresarle Salvaire que, además de la coronación, los Prelados solicitaban de él otros favores para el Santuario de Luján. A lo cual el Papa preguntó con vivo in-

41. *Relación de la Audiencia...*, en CNSL, 39-44. En la carta dirigida al Superior General, todo se reduce a transmitir la siguiente información: “Obtuve, pues, de su Santidad, muy estimado Padre, todo cuanto tenía encargo de pedirle y mucho más. Aceptó con muestras de una extrema complacencia la ofrenda mi libro, insistiéndome le dijera si había sido yo quien lo había escrito, y felicitándome cálidamente, al punto que supe ese día por un prelado de Roma que iba a recibir de inmediato una carta de aprobación del Santo Padre. También se dignó bendecir la corona que le presenté y que admiró detenidamente. Figúrese que me dijo que tenía la intención de delegarme para coronar la Santa Imagen de Luján en su nombre y por su autoridad. Me permití decirle que eso no podía ser y que le suplicaba tuviera a bien delegar al Sr. Arzobispo de Buenos Aires; a lo cual consintió de inmediato, ordenando se me enviara cuanto antes un *Breve* en ese sentido, aunque todas las Congregaciones estuviesen cerradas; y, efectivamente, al día siguiente, el Cardenal Ledokowski me enviaba el *Breve*. Tuvo a bien concederme un número considerable de indulgencias plenarias, mucho más de lo que yo le pedía, reconociéndome el título de delegado de los Obispos de la República; me autorizó hacer todos los pedidos que yo creía convenientes estaban en la intención de los prelados, tendientes al aumento del culto de Ntra. Sra. de Luján”.

terés: “– Muy bien, hijo mío, y ¿qué favores son estos?”. Fue entonces el momento en que el conmovido lazarista, presa de profunda emoción, detalló los otros dos pedidos episcopales pendientes: la institución de una fiesta solemne, de primera clase, que se intitularía *Festum Protectionis Beatae Mariae Virginis sub titulo de Lujan*, para el Cuarto Domingo después de Pascua de Resurrección; y la bendición papal *in perpetuum* en beneficio de los fieles que concurrieran al Santuario en tiempos de su fiesta principal, el 8 de Mayo, día que se elegiría para efectuar la solemne coronación de la Sagrada Imagen.⁴²

A lo cual, Salvaire agregó de su parte el pedido de una especial bendición papal para un numeroso conjunto de benefactores argentinos, eclesiásticos y seculares, de quienes había recibido generosa ayuda para concretar las numerosas iniciativas en favor de la Virgen de Luján, entre ellas el viaje a Europa con todas sus magníficas consecuencias. A los cuales se agregaban otros católicos de diversos lugares de América, Francia, España y de Italia, que también lo habían apoyado en tal sentido, demostrando un profundo afecto por la Iglesia Católica y su Supremo Pastor. Sus nombres figuraban escritos en una larga lista que puso en manos del Papa, quien después de ojear la nómina, poniendo sobre ella la mano derecha, exclamó:

“–¡Oh! ¡Sí... los Obispos, los católicos de América!... Sí, hijo mío, todas esas obras y todas esas personas que aquí ahora tengo en mi mano, todas ellas en general, y cada una en particular, yo con todo mi corazón y con toda mi voluntad, las bendigo...; sí, las bendigo, a Ud. también, hijo mío, le bendigo muy particularmente, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”.⁴³

El término de la audiencia no fue menos conmovedor y afectuoso que su comienzo. Sujetándose al protocolo, Salvaire, arrodillado ante el Papa, se postró hasta poner la frente contra el suelo y luego besó uno de sus pies, experimentado la sensación que le resultaba difícil arrancarse de aquel bendito lugar, tras alcanzar todo cuanto comprendía su piadosa co-

42. A la primera petición el Papa contestó: “–Con mucho gusto, hijo mío, debe Ud. dirigirse en este sentido a la *Sagrada Congregación de los Ritos*. Y ¿qué más?”; y a la segunda: “–También, también, con tanto gusto... pero diríjase Ud. para regularizar y documentar todo esto a la *Sagrada Congregación de las Indulgencias*, y pida Ud., además, allí mismo, todos los demás favores espirituales que juzgase a bien para ese Santuario, que yo de mi parte, muy complacidamente, todo, todo, lo concedo” (*Relación de la Audiencia...*, en CNSL, 44-45).

43. *Idem*, 45-46.

misión ante la Santa Sede.⁴⁴ Pero dejemos que él mismo nos relate en detalle la despedida final, aún más emotiva que el ingreso a la audiencia particular, pues ahora se llevaba consigo todos los favores solicitados, amén de un paternal reconocimiento de su persona y de sus iniciativas por parte del afectuoso León XIII:

“Entre tanto –señala–, el Santo Padre inclinándose cariñosamente hacia mí, ofreciéndome su mano a besar, y yo olvidando acaso en ese momento las reglas del ceremonial, tomé entre las mías, estreché con afectuosa veneración y no me cansaba de cubrir de ósculos esta mano bendita que, al paso que dirigiera a la Inmaculada Virgen María unos cantos poéticos tiernísimos y más suaves que la miel, ha escrito esas gigantescas Encíclicas que iluminan para las naciones todas, con luz vivísima, el camino de la salvación social y han dado un golpe mortal a todos los embates de las sectas anticristianas”.

Y a modo de elocuente colofón del extenso relato, agrega:

“Mi audiencia había terminado. Volví a besar respetuosamente el pie de Su Santidad; y después de las acostumbradas genuflexiones, me retiré, aunque no sin profundo pesar, de la presencia del Augusto Vicario de Jesucristo, el corazón empero rebozando de admiración, de consuelo y esperanza. Tal es, Excelentísimo Señor [Arzobispo], el fiel relato de la audiencia que he tenido el insigne honor de recibir, el 30 de Septiembre, de su Santidad León XIII”.⁴⁵

11. Trámites ante las Congregaciones

Antes de dejar Roma en forma definitiva, le aguardaba a Salvaire otra tarea no menos dificultosa, dada la época del año, donde en el Vaticano las oficinas estaban cerradas por vacaciones. En este sentido debía

44 Instantes antes, le había expresado al Papa: “¡Cuántas gracias no debo yo rendir a Vuestra Santidad, por tanta bondad y benevolencia con que se ha dignado atender a mis súplicas!” (*idem*, 45).

45 *Idem*, 46. Años más tarde, Salvaire recuerda el episodio en un artículo publicado en *La Perla del Plata* en ocasión de la autorización de la Congregación de Ritos, en 1889, a la Provincia Eclesiástica de Auch (Francia), para celebrar una misa con oficio propio en honor de Nuestra Señora de Lourdes. Privilegio alcanzado para el Santuario de Luján cuatro años antes. Allí escribe, recordando la visita a León XIII, efectuada en 1886: “En aquel tiempo [en que el poderoso episcopado francés tramitaba idéntico privilegio para el Santuario de Lourdes] un humilde misionero completamente desconocido, postrábase tembloroso a los pies del augusto romano Pontífice León XIII, y poniendo entre sus manos venerandas la historia hasta entonces bien poco conocida, en verdad, en el antiguo mundo, del Santuario americano de Nuestra Señora de Luján, supli-

cumplir con las tramitaciones que le solicitara el Papa ante las Congregaciones de Ritos e Indulgencias, para así poder regresar a Buenos Aires munido de la correspondiente documentación pontificia con la cual se acreditaban debidamente las gracias concedidas al Santuario de Luján.

Ajustándose a la normativa canónica de estilo, el 1º de octubre, Salvaire presentó el pedido formal al Papa para que éste ordenara el despacho del Breve autorizando al Arzobispo de Buenos Aires –o por su defecto, a alguno de los obispos argentinos–, a coronar la Imagen de Luján. Certificó el pedido monseñor Federico della Volpe, Maestro de Cámara de Su Santidad; y tramitó el despacho en carácter de “urgente” el cardinal Lédochowski.⁴⁶ En el texto del Breve podía leerse:

“Nos hemos juzgado deber acceder a esos piadosos deseos que redundan en bien espiritual de los fieles; y en cuanto en el Señor no es dado, a ellos accedemos con gusto [...] Y cometemos a Tí, Venerable Hermano, por las presentes que puedas lícita y válidamente imponer la misma Corona a dicha Imagen de la Virgen Madre de Dios por Tí mismo, o por otro Obispo comisionado por Tí, en nuestro nombre y por nuestra autoridad, observando todo lo prescripto para el caso”.⁴⁷

En un segundo momento tuvo que ocuparse de tramitar la institución canónica de la nueva festividad en honor de la Virgen de Luján, junto con la concesión de la misa y el oficio respectivos. Al respecto, se presentaron algunos inconvenientes en relación a los términos en que había sido redactado el documento firmado por el episcopado argentino solicitando dicho privilegio, que Salvaire juzgó “conveniente y hasta indispensable” subsanar en orden a la aprobación del pedido. Durante el viaje de Buenos Aires a Burdeos, repasando –en los largos momentos de ocio que le ofrecía la travesía oceánica–, la documentación destinada a la Santa Sede, notó para su preocupación “que existía una grave contradicción entre el texto de la Misa y del Oficio propios, cuya concesión se solicitaba, y el tiempo litúrgico en que según la misma solicitud, había de solemnizarse

ca sencillamente a su Santidad, en nombre de algunos Prelados de estas apartadas regiones de Sudamérica, se digne instituir una festividad en honor de María Santísima, bajo la advocación de Luján y aprobar una misa y un oficio propio en su honor...” (LPP, 24 de agosto de 1890, n. 33, 543). A su vez, ANTONIO SCARELLA divulgó el texto de la entrevista, en forma abreviadísima y sin citar la fuente, transcribiéndolo en su *Historia...*, 304-305. También se encuentran referencias directas en *Manual del Devoto...*, 261-263.

46. *Instancia al Soberano Pontífice en solicitud del Breve autorizando la Coronación de Nuestra Señora de Luján*, en CNSL, 49-50.

47. El texto del *Breve Apostólico*, fechado el 1º de octubre de 1886, en CNSL, 51-52; y L. V. VARELA, *Breve Historia...*, 155-156.

la proyectada fiesta”. De no subsanarse a tiempo este inconveniente se seguiría “irremisiblemente” el fracaso completo de la demanda ante la Sagrada Congregación de los Ritos.

Pero ¿en qué consistía esta contradicción que cuanto antes había que subsanar? El episcopado argentino proponía a la aprobación de la Santa Sede los textos litúrgicos correspondientes a la antigua fiesta de la Inmaculada Concepción, tal como figuraban en el manuscrito contenido en los libros capitulares del Cabildo de la Iglesia Catedral de Buenos Aires, sin advertir que los mismos habían sido reemplazados por nuevos formularios promulgados por expresa indicación de Pío IX con motivo de la declaración del dogma de la Inmaculada Concepción.

A juicio de Salvaire se trataba de una cuestión delicada si se pretendía alcanzar la aprobación de la festividad del *Patrocinio de Nuestra Señora de Luján* –fijándose invariablemente su celebración durante el tiempo pascual–, sin antes introducir las necesarias correcciones, acordes con las exigencias de este tiempo litúrgico. Es decir, si se presentaba el oficio tal cual venía redactado desde Buenos Aires, sin las modificaciones exigidas por las normas vigentes, era de temer que la Congregación de los Ritos –que sólo acostumbraba a enmendar, pero no refundir los textos presentados, limitándose a aprobar o rechazar lacónicamente el proyecto–, terminarse por negar la concesión del oficio, quedando así obligado el episcopado a formular una nueva instancia a favor del texto modificado; y emprender, por segunda vez, la gestión de este asunto ante la misma instancia. Motivo por el cual, Salvaire le comenta a monseñor Aneiros la preocupación que por entonces lo embargaba:

“Tenía, pues, muy fundadas razones para temer que no pudiera celebrarse esta nueva e importante festividad en honor de Nuestra Señora de Luján, en el mismo día de su coronación [prevista para el 8 de mayo del siguiente año], lo cual venía a disipar el sueño dorado de mis aspiraciones”.⁴⁸

A la presente preocupación, se unía otra, pero ésta de carácter personal. Salvaire echaba de menos la ausencia –en el texto que había de presentar a la Congregación de los Ritos–, de algunas referencias directas a la historia de la Virgen de Luján, incluido el milagro y el posterior desarrollo de su culto. Pero el deseo de remediar esta constatación chocaba de

48. *La institución de la nueva Festividad en honor de Nuestra Señora de Luján y la concesión de la Misa y del Oficio propios*, Roma, 20 de octubre de 1886, en CNSL, 55.

inmediato contra una objeción de peso: era de suyo impensable que la Congregación aprobara cualquier fragmento que procediera de la pluma del comisionado. No obstante ello, guardando la secreta esperanza que pudiera ocurrir lo contrario, se entretuvo en imaginar una o varias lecciones históricas del segundo nocturno de Maitines con el deseo de verlas insertadas en el oficio de la Virgen.

Estos intentos por encontrar una solución adecuada a ambas dificultades, misa y oficio, se le ocurrieron en los meses previos a iniciar, desde París, el viaje a Roma, con el propósito de aguardar su conveniente maduración. Pero al pisar la ciudad Eterna no pudo alejar de su mente una “viva aprensión”, acompañada de “ineludible certeza”, que sus tentativas en este sentido, resultarían frustradas. Al punto que ni siquiera se atrevía a hablar del asunto con personas competentes, no obstante tener ya una clara idea del texto de un oficio reformado y mejor armonizado con los antecedentes históricos de la Virgen de Luján.

Afortunadamente, a pocos días del arribo a Roma, Salvaire tuvo oportunidad de relacionarse “con uno de los individuos más competentes de la [Pontificia] Academia Litúrgica”, a quien comentó con toda sencillez los antecedentes del asunto, los apremios en que se encontraba y sus fundados temores que la tan deseada concesión fuese finalmente negada. Tras un fructífero intercambio de ideas sobre el tema de las enmiendas, el académico le aseguró, para su total sorpresa, “que no le parecía tan sumamente difícil proponer un nuevo proyecto de oficio enteramente reformado y recabar su concesión de la Sagrada Congregación de Ritos”. Pero ello con una condición *sine qua non*: que el Papa lo reconociera con el carácter de verdadero apoderado de los obispos argentinos, en todo lo referente al Santuario de Luján; y lo autorizara a presentarse en calidad de tal ante la Sagrada Congregación de Ritos.⁴⁹

Como lo adelantamos más arriba, el Papa, en el transcurso de la audiencia particular, colmó con suma deferencia estas expectativas, dejando así abierto el camino para que Salvaire pudiera concretar la segunda parte de su comisión.⁵⁰ Destacándose en este sentido la valiosa ayuda que le

49. *Idem*, 56.

50. Salvaire recuerda que el Papa autorizó la petición con una sola condición: “Debía, como va de suyo, conseguir un documento en forma de derecho, expedido por la correspondiente Congregación Romana, en cuya virtud quedara definitivamente instituida la nueva fiesta en honor de Nuestra Señora de Luján y canónicamente aprobado el oficio solicitado para la misma festividad” (*idem*, 57-58).

dispensó el Sustituto de Estado, monseñor Mario Mocenni, quien supo con suma afabilidad atender todos sus asuntos y perplejidades.

De allí en más era cuestión de revisar los nuevos textos que ya traía prácticamente elaborados desde París sobre el *Patrocinio de Nuestra Señora de Luján*; y que oportunamente serían presentados a consideración de la Congregación de los Ritos, en sustitución de los redactados en Buenos Aires. Para ello, Salvaire contó con el asesoramiento de “personas muy versadas en la sagrada ciencia litúrgica”, entre las cuales recuerda con particular agradecimiento a una de ellas, el padre Félix Zualdi, lazarista de la Casa de Roma, quien le prestó inestimable ayuda, según lo reconoce en el siguiente párrafo de la carta dirigida al Superior General de la Congregación de la Misión:

“Aproveché ese título [apoderado del episcopado argentino en lo tocante al Santuario de Luján] para introducir un nuevo Oficio que hacía poco con el Sr. Zualdi de Roma habíamos redactado, introduciendo una VIª lectura que refleje lo histórico del Santuario; pedí el rito de primera clase con octava; y, finalmente, la extensión de esta fiesta a las cinco Diócesis de la República Argentina. El Santo Padre me concedió todo; pero bien entendido, con la condición que nuestros pedidos fueran examinados por la Sagrada Congregación de los Ritos”.⁵¹

Pero las dificultades no terminaban con poner a punto los nuevos textos. Debían ahora ser presentados a la Congregación de los Ritos para su correspondiente aprobación. Para lo cual resultaba indispensable contar con la intervención del cardenal Bartolini, prefecto de la misma, quien para contrariedad de Salvaire se encontraba fuera de Roma, en Perusa, en razón de las vacaciones de verano. Circunstancia que obligaba a concretar a la brevedad una entrevista personal con él, en dicha ciudad o en el lugar que indicara, para así explicarle la urgencia del asunto, el cual ya contaba con la correspondiente autorización papal.

Entre tanto, se enteró que el Cardenal muy probablemente presidiría, el próximo 3 de octubre, los festejos de San Francisco en Asís, ocasión más que propicia para encontrarse con él en dicho lugar, no tan distante de Roma. Evitándose así el traslado a Perusa, siempre y cuando no se produjera algún desencuentro de último momento. Llegado ese día Salvaire partió para Asís, donde felizmente pudo encontrarse con el cardenal Bertolini, quien tras otorgarle de inmediato una audiencia particu-

51. Bordeaux, 20 de noviembre de 1886 (o.c.).

lar, lo atendió con paternal solicitud, escuchando con vivo interés el minucioso relato que aquél le hizo de la audiencia papal y de las consignas que en ésta recibió respecto a los tramites relacionados con el Santuario de Luján.

El Prelado, a su vez, tras felicitar al emocionado lazarista por el éxito alcanzado en Roma, y antes de comprometer su total apoyo e influencia ante los demás miembros de la Congregación para alcanzar la institución canónica de la referida festividad, se interesó por saber el nombre del liturgista responsable de la revisión final de los nuevos textos, como modo de asegurarse la calidad y corrección de los mismos, antes de comprometer su apoyo e influencias ante los demás miembros de la Congregación para obtener a la brevedad su aprobación canónica. Al respecto, Salvaire señala:

“Cuando he terminado mi exposición, me felicitó cariñosamente; preguntóme por el nombre de la persona que había colaborado conmigo a la redacción del nuevo texto y cuando se lo he designado [el P. Félix Zualdi, lazarista], me dijo que solo ese nombre era para él la mejor garantía del seguro éxito que podía pretender mi solicitud ante la Sagrada Congregación de Ritos”.⁵²

Y así ocurrió efectivamente. El 12 de noviembre, la Congregación examinó los pedidos y procedió a aprobarlos en su totalidad. La noticia la recibió Salvaire mediante telegrama en París, pues por esa fecha había dejado Roma con la intención de embarcarse cuanto antes para Buenos Aires. A su vez, el Papa prestó su conformidad en la audiencia del 18 de noviembre, si bien introduciendo una sola modificación: “de que el rito de la fiesta en lugar de ser de primera clase sea de segunda; esperando que pasado un cierto tiempo los Obispos pidan su elevación al rito de primera clase”.⁵³

52. *La institución de la nueva Festividad...*, en CNSL, 58-59. No obstante ello, Salvaire dispuestos a contar con el dictamen de algún otro perito en la materia, continuó el viaje a Perusa con tal fin: “Deseoso, entretanto, de dar al proyectado texto del oficio nuevas y mayores probabilidades de aprobación, de Asís pasé a Perusa con el objeto de someterlo al examen de un célebre liturgista que reside en esta ciudad, el cual me alentó igualmente, haciéndome esperar el mejor éxito ante la Sagrada Congregación de Ritos. Con esta dulce confianza regresé a Roma” (*idem*, 59).

53. *Lettre de George M. Salvaire à Supérieur Général. Bordeaux, 20 novembre 1886* (o.c.) La presente carta concluye con un pedido: que el P. Fiat tuviera la generosidad de obsequiar al Santuario de Luján un copón “lo bastante voluminoso para las peregrinaciones”, en vista a la fiesta de la coronación de la Imagen en el próximo mes de mayo. De esta manera, se contaría con todos los vasos sagrados nuevos, pues la Superiora General de la Hijas de la Caridad se había encargado de obsequiarle a Salvaire —como agradecimiento a la entrega de un ejemplar de la *Historia de la Virgen*—, “una capilla sobrecogedora: un cáliz con todos los accesorios”, faltando sólo el copón solicitado.

El respuesta de la comisión preparatoria de la Congregación de los Ritos comprendía cuatro dictámenes: 1º) Cambio en el título de la festividad, la cual en vez de ser del *Patrocinio de Nuestra Señora de Luján* (tal como lo solicitara el episcopado argentino), será única y sencillamente: *Fiesta de la Beatísima Virgen María de Luján*;⁵⁴ 2º) Fijar la fecha de celebración de la Festividad para el Cuarto Domingo después de Pascua; 3º) Con rito de segunda clase, octava, misa y oficio propios, incluida la sexta lección histórica de maitines; y 4º) Hacer extensiva la Festividad a todas las diócesis del Río de la Plata.⁵⁵

Restaba, sin embargo, una vez de regreso en Roma, enfrentar un último trámite para cumplir con todas las exigencias impuestas por León XIII: solicitar idéntica aprobación de parte de la Congregación de las Indulgencias y de las Santas Reliquias respecto a las otras gracias solicitadas. Al frente de la misma se encontraba el cardenal Juan Bautista Franzelin, jesuita, quien pasaba por uno de los mejores teólogos de época. Residía en el Colegio Pío Latinoamericano, en la antigua sede frente al Quirinal. Allí se dirigió Salvaire deseoso de entrevistarse con él, a fin de comentarle su comisión.⁵⁶

54. Sobre esta modificación, Salvaire señala: “Y la razón que dan los informantes para justificar este cambio es que el título de Patrocinio no suele concederse sino en el caso de que el Santo en cuyo honor se pretende erigir una nueva festividad, bajo el título del *Patrocinio*, tenga ya una fiesta principal. Es cierto que la Fiesta de Nuestra Señora de Luján se celebra el 8 de Diciembre; pero según los principios litúrgicos, no puede en ese día celebrarse la fiesta propia de Nuestra Señora de Luján porque la fiesta de la Inmaculada Concepción, obligatoria en todo el mundo con el Rito de 1ª clase, no admite que pueda celebrarse en ese día otra fiesta en obsequio de una advocación particular; que, por lo tanto, aunque puedan en lo venidero celebrarse como por el pasado grandes funciones en el Santuario de Luján, en obsequio de su milagrosa Patrona el día 8 de Diciembre, sin embargo, la principal y verdadera festividad de Nuestra Señora de Luján habrá de ser, en adelante, la festividad cuya institución canónica se solicita; y, por consiguiente, no hay lugar en denominarla *Fiesta del Patrocinio de Nuestra Señora de Luján*, sino puramente *Fiesta de la Beatísima Virgen de Luján*” (*La Institución de la nueva Festividad...*, en CNSL, 64).

55. Textos de las instancias (al Papa y al Cardenal Bartolini) y decreto de la Congregación (*Plurium Dioecesium*), *Idem*, 71-82.

56. Con anterioridad a esta entrevista, Salvaire tuvo que solucionar otro escollo, de los tantos que se le presentaron durante la estadía romana. Resulta que monseñor Francisco Della Volpe, Maestro de Cámara del Papa, que en todo lo había apoyado con marcada generosidad, y principal testigo de la audiencia del 30 de septiembre, “no podía [ahora] recordar con precisión las propias Indulgencias benignamente concedidas por Su Santidad”. Motivo por el cual fue necesario, antes de conversar con el cardenal Franzelin, que Salvaire formulara una nueva petición, puesta en manos de León XIII en la audiencia del 16 de octubre, por el propio monseñor Della Volpe, contando la misma con despacho favorable. De dicha aprobación recibió “testimonio escrito en forma” que puso en manos del Cardenal para así poder iniciar el respectivo trámite. Ambos textos, en *La institución de la nueva Festividad...*, en CNSL, 67-69.

El Cardenal, lo escuchó con afecto y suma atención, comprometiéndose también a apoyar el pedido en cuanto de él dependiera, no obstante encontrarse los demás miembros de la Congregación sin actividad alguna en razón de las vacaciones estivales.⁵⁷ Pero en razón de su notoria meticulosidad, vaciló varios días en despachar el rescripto confirmando canónicamente las indulgencias concedidas por el Papa. Pero finalmente terminó por rendirse ante las reiteradas instancias del perseverante lazarista. Al respecto resulta ilustrativo transcribir las palabras que le dirigió a éste, en el preciso momento de entregarle el tan anhelado documento, cuya obtención bien podía considerar una gracia particular alcanzada por la intercesión de la Virgen de Luján:⁵⁸

“Puede Ud., mi Señor, dar gracias a la Santísima Virgen María por haber conseguido este documento del modo que lo consigue; porque le aseguro que es Ella quien se lo ha proporcionado, pues por lo que a mí toca, no sé cómo se hace que yo se lo haya firmado fuera de una sesión de la Sagrada Congregación que presido. –Vea Ud. más todavía– Acabo de postergar al mismo Excelentísimo Señor Embajador de Francia cerca de la Santa Sede, que como Ud. ha recibido del Santo Padre la concesión de varias indulgencias a favor de la Iglesia de su país natal, y que deseaba llevar personalmente a sus compatriotas el documento justificativo de estas gracias, acabo, digo, de postergarle la expedición del Rescripto fehaciente, hasta que se abra de nuevo la Sagrada Congregación de Indulgencias; y Ud. no ha encontrado la menor dificultad en un caso análogo. Vea, pues, Ud. si no puede con razón dar gracias a la Santísima Virgen María, pues, créalo, es Ella quien le ha conseguido semejantes favores”.⁵⁹

¿Le restaba a Salvaire tramitar algún otro asunto antes de dejar definitivamente Roma rumbo a París? Aunque nos sorprenda, todavía faltaba uno, relacionado con la obtención de algunas reliquias importantes para el Santuario de Luján. Esta idea vino a la su mente a partir de la visita a varias iglesias romanas y comprobar que casi todos los altares importantes estaban adornados con hermosos relicarios, mientras que en el Santuario de Luján faltaban por completo, particularmente en el altar mayor y en el camarín de la Virgen.

57. Salvaire se formó una excelente impresión del Cardenal Franzelin: “... un ejemplo de virtud verdaderamente admirable, del cual he sido testigo y que me ha edificado profundamente...” (*idem*, 60).

58. Texto del rescripto, en *idem*, 68-69.

59. *Idem*, 61-62.

Con tal motivo visitó al cardenal Lucido María Parocchi, Vicario del Papa para Roma, y, por tanto, Custodio Mayor de las Sagradas Reliquias de la ciudad, solicitándole la entrega de “cuatro reliquias, cuando menos semi-insignes de santos, para el Altar mayor”. Como en las anteriores ocasiones, también en ésta, la respuesta fue favorable, a condición de presentar una petición formal en tal sentido.

El conjunto de privilegios obtenidos por Salvaire en favor del Santuario de Luján fueron conocidos en la Argentina en un primer momento –tanto por la feligresía como por la opinión pública en general–, a través sobre todo de las páginas del *Ceremonial de la Coronación*, donde se incluyó la documentación referida a la tramitación de los mismos ante la Santa Sede.⁶⁰ Asimismo, dos años más tarde, los textos se divulgaron por intermedio del *Manual del Devoto de Nuestra Señora de Luján*, escrito por el propio Salvaire y editado en 1889.⁶¹

La nómina de documentos incluidos en estas dos publicaciones es la siguiente: 1º) *Oficios litúrgicos de Nuestra Señora de Luján. Dominica IVª después de Pascua. Fiesta de la Beatísima Virgen María de Luján. Doble de segunda clase. Concedida por su Santidad, el Papa León XIII, según el decreto de la Sagrada Congregación de los Ritos, el día 18 de noviembre de año del Señor de 1886*; 2º) *Primeras Vísperas. Completas. Misa de Ntra. Sra. de Luján. Segundas Vísperas*; 3º) *Indulgencias concedidas por su Santidad León XIII a favor del Santuario de Nuestra Señora de Luján*; 4º) *De la Audiencia de Su Santidad*; 5º) *Rescripto del Eminentísimo Prefecto de la Sagrada Congregación de las Indulgencias*; y 6º) *Indulgencia Plenaria de la Coronación. Breve Apostólico de Su Santidad León XIII*.

Tras alcanzar la otorgación de tantos privilegios litúrgicos –obtenidos todos ellos gracias a la llamativa condescendencia puesta de manifiesto por el papa León XIII hacia el Santuario de Luján, amén de la bendición de la corona–, bien podía expresar Salvaire antes de abandonar Roma: ¡*Ergo, cantemos Domino et Mariae Immaculatae hymnum laudis et gratiarum actionis. Amen!*;⁶² y al momento de alejarse de Francia, pletó-

60. El título completo, como ya lo indicamos, es el siguiente: *Coronación de Ntra. Sra. de Luján. Documentos. Ceremonial. Misa y Oficios propios de esta Festividad*, Buenos Aires, Imprenta de Pablo E. Coni, 1887.

61. También fue editado por Pablo E. Coni. En la “Biblioteca del Colegio del Salvador” de Buenos Aires hemos tenido la oportunidad de consultar un ejemplar primorosamente encuadernado de la primera edición, con cantos dorados, obsequiado a esa biblioteca por una de las hijas del editor, María del Carmen Coni (576 pp.). El autor permanece todavía anónimo: “Por un Sacerdote de la Misión”.

62. *La institución de la nueva Festividad...*, en CNSL, 66.

rico el corazón de profunda satisfacción, agregar: *¡Toda mi empresa, gracias a Dios y a la Sma. Virgen, fue coronada por el más completo éxito!*⁶³

12. Preparativos para la gran fiesta

A su regreso de Roma, concluidos los últimos trámites en París –y lamentándose de no haber alcanzado a entrevistarse con el Superior General–,⁶⁴ Salvaire se embarcó en Burdeos el 20 de noviembre de 1886, a bordo de “La Gironde”. El vapor arribó a Buenos Aires el 18 de diciembre,⁶⁵ si bien el pasaje permaneció dos días a bordo sujeto a las estrictas reglas de observación sanitaria en razón de la peste de cólera existente entonces en la capital, desde mediados de octubre, agudizada por el permanente ingreso de inmigrantes infectados provenientes de Génova, Río de Janeiro y Montevideo.⁶⁶

Tras el desembarco, es difícil seguir de cerca los pasos de Salvaire hasta principios de mayo del año siguiente, día de la coronación de la Imagen. La razón de tal limitación es bien sencilla: la documentación epistolar correspondiente a esos meses se ha perdido. Por lo tanto, no cabe otra posibilidad que utilizar la conjetura e inferir alguna información de cartas posteriores. No obstante, podemos afirmar que entre enero y abril de 1887 los preparativos de la coronación de la Imagen atrajeron su

atención de manera particular, incrementándose los desplazamientos entre Luján y Buenos Aires para organizar los actos correspondientes y ultimar los últimos detalles, pues la ceremonia se fijó para el 8 de mayo próximo, previéndose una afluencia multitudinaria de fieles, tal como luego ocurrió.

No bien Salvaire arribó a Buenos Aires, una de las primeras visitas, sino la primera, fue la realizada a monseñor Aneiros en orden a presentarle sus saludos, comunicarle el éxito de las gestiones ante la Santa Sede, entregarle en mano propia la documentación pontificia y mostrarle la preciosa corona confeccionada en París y bendecida por el Papa. No resulta difícil imaginar el clima de marcada emoción que rodeó aquel reencuentro, más tratándose de personas unidas por una profunda y sincera amistad que contemplaban con íntima satisfacción y gratitud el cumplimiento de la primera parte del gran sueño alimentado por ambos respecto al Santuario de Luján.

De allí en más, el Arzobispo debió encargarse de confeccionar el programa de las ceremonias referidas a la próxima coronación de la Imagen. La fecha se fijó, como lo adelantamos, para el 8 de mayo, debiéndose encargar de la organización de las mismas el párroco de Luján, el P. Emilio George, ayudado por una comisión de colaboradores inmediatos. De este tema nos ocuparemos en un próximo artículo.

JUAN GUILLERMO DURÁN

09-06-2005

63. *Lettre de George M. Salvaire à Supérieur Général. Bordeaux, 20 novembre 1886* (o.c.). Como bien lo destaca S. ESTRADA, tanto en la obtención de la coronación como de los demás privilegios, la *Historia de la Virgen de Luján* jugó un papel decisivo: “Además de las gracias concedidas por la Santa Sede al Templo de Luján, y de las informaciones del Ordinario Argentino [arzobispo Aneiros], el libro del Padre Salvaire ha contribuido eficazmente a allanar las dificultades con que la prudencia de León XIII habría tropezado antes de conceder la coronación de la imagen de María de Luján” (*Discurso pronunciado ante la Asociación Católica de la Villa de Luján, el 8 de diciembre de 1886*, en CNSL, 149).

64. Al comienzo de la mencionada carta, escribe: “¡Cuánto he lamentado no haberle encontrado en la Casa Madre a mi regreso de Roma! ¡Y qué pena experimento al embarcarme hoy hacia Buenos Aires, sin poder recibir su bendición y contarle mi entrevista con nuestro Santo Padre, el Papa! Los favores extraordinarios que he recibido de su inefable condescendencia y las impresiones que acompañan el regreso a mi puesto de trabajo. No plugo Dios concederme este gran consuelo: ¡que se haga su voluntad!”.

65. En *La Nación*, en el detalle de bodega, se lee: “*Gironde*, ingresó el día 18...; Salvayre, 3 cajones” (n. 4928, 19 de diciembre de 1886, 2).

66. “*El Gironde en libre plática*. Es muy probable que hoy sea puesto en libre plática el paquete francés *Gironde*, de las Mensajerías Marítimas. Los pasajeros de cámara que dicho vapor conduce, desembarcarán en el acto; pero no así los de tercera, que permanecerán a bordo hasta que la comisión de inmigración tenga local en tierra” (*La Nación*, n. 4930, 20 de diciembre de 1886, 2).